

Homenaje a Silvio Rozzi

Ricardo Rozzi

Agradezco a los organizadores del III Seminario de Naturópatas de Chile el recuerdo a don Silvio Rozzi. Es para mi muy satisfactorio hacer un homenaje a mi abuelo en medio de quienes fueron sus colegas y amigos, y realizarlo con un trabajo tal como lo hizo él conmigo. Más aún, en esta presentación basaré mis referencias en los escritos que me dedicó a momento de graduarme en Botánica. Me referiré en particular a un aspecto de estos escritos: su escritura en primera persona. Ésto, que en primera instancia pudiera parecer un aspecto meramente formal, considero que constituye un rasgo decisivo, puesto que quien se da el trabajo de construir un mundo a partir de sus experiencias en inventa una comprensión propia del mundo puede acogerse a sí mismo y a los demás, en una actitud tranquila, enriquecedora e individual, y posee la libertad y convicción para dar curso y concreción a su imaginación. Creo que este rasgo posibilitó tres actitudes críticas fundamentales en la obra de don Silvio.

La primera fue su confianza en la medicina natural en medio de un radical escepticismo entre los médicos universitarios. Don Silvio Rozzi perseveró en sus convicciones y fue uno de los precursores del naturismo en Chile. En efecto, él desarrolló el naturismo en un ambiente donde la admiración por la ciencia moderna no admitía cuestionamientos. La nueva ciencia nació con la ilusión y la pretensión de desentrañar los misterios de la naturaleza a través de su lectura lógica y matemática. "La naturaleza está escrita en lenguaje matemático", decía Galileo. Todo lo que no era descrito matemáticamente o develado bajo el método cartesiano no tenía validez alguna. Más aún, bajo el clima de euforia que producía la eficacia de esta ciencia en la determinación causal de las enfermedades y su consiguiente posibilidad de cura a través de la eliminación de la

causa, como por ejemplo la teoría de la TBC por medio de la eliminación del bacilo de Koch, Don Silvio no sólo permaneció incómodo a su pasión por la medicina natural, sino que fue crítico respecto a la medicina institucional, señalando en primer término que las drogas utilizadas para las curas de estas enfermedades tenían también efectos secundarios dañinos para el organismo. Él escribe:

"En realidad los vegetales nunca han dejado de estudiarse ni de utilizarse en todos los tiempos. Si desde hace unos cincuenta años su estrella ha palidecido poco o mucho - sobre todo entre los médicos, preciso es decirlo- es porque con la era química se creyó en todo momento (como algunos, cada vez menos numerosos, siguen creyendo) haber descubierto, o casi, las panaceas que curaban rápidamente y con seguridad, desprovistas, por otra parte, de todo inconveniente. Como todo nuevo acontecimiento importante, la fabricación de medicamentos de síntesis parecía, en efecto, poder permitir concebir legítimas esperanzas que acaparaban el espíritu de una gran mayoría de investigadores. Con ayuda de la "publicidad", todos querían producir su pequeño trabajo sobre tal o cual producto nuevo que con frecuencia no había experimentado sino cincuenta, veinte y a veces ¡ay! sobre diez enfermos solamente. La emulación produjo sus frutos. No fue preciso más para hacer olvidar poco a poco, en beneficio de lo ilusorio y de lo incierto, todo lo que nuestros antepasados nos habían enseñado. Difícilmente se encontraría en la Historia mejor ejemplo de la inconciencia y vanidad colectivas. La moda terapéutica había cambiado bruscamente. Fue preciso no carecer de audacia y carácter para atreverse, como lo hicieron el Dr. Binet, a publicar trabajos sobre la modesta zanahoria o sobre la col vulgar, para volver, como lo hicieron otro -no

obstante las sutiles burlas de ciertos colegas- a las virtudes medicinales de la alcachofa, de la cola de caballo, de la hierba del toronjil cuyano y de la raíz de la chéptica, del ajo y de la cebolla."

"En la era de las sulfamidas, de los antibióticos, de las hormonas, de los corticoides y otros productos de síntesis con nombres extraordinarios, cada vez más numerosos, puede parecer extraño volver, una vez más, a terapéuticas constituidas por la sola utilización de plantas, de ciertas frutas o verduras. Pero desde hace ya unos cuantos años los médicos (desgraciadamente todavía no todos, incluso entre los notables) y muchos enfermos (cuyo número parece crecer en proyección geométrica desde hace algún tiempo) han comenzado a desconfiar de muchas medicaciones modernas agresivas con efectos secundarios a menudo desagradables, y a veces inquietantes o trágicos."

"Por ello se han publicado centenares de trabajos científicos sobre estos problemas. Se admite ahora cada vez más que la mayor parte de los medicamentos de síntesis poderosos, cuya administración fatalmente hace siempre correr un riesgo, deben reservarse a determinados enfermos graves muy cuidadosamente seleccionados. Se comprende, en efecto, que con el fin de evitarles ciertas mutilaciones o para salvarles la vida, pueda autorizarse el prescribirles productos que puedan acarrear efectos secundarios, a veces graves a un plazo más o menos largo, ya que, una vez evitada la catástrofe, puede conservarse la esperanza de remediar más tarde los diversos inconvenientes provocados. Pero al mismo tiempo se encuentran formalmente contraindicadas estas prácticas, demasiado frecuentes todavía en nuestros días, según las cuales toda angina banal, todo episodio pulmonar

menor (incluso aún cuando vaya acompañado de una temperatura de 40°C) y tantos otros síndromes (algunos de los cuales pueden revestir una aparente gravedad) tropiezan, sistemáticamente y desde el principio, con medicamentos brutales, inútiles y peligrosos. ¡Cuántas enfermedades, cuántas muertes se han descrito como consecuencia de estas actitudes inmoderadas! Desde luego no ignoro que si la antibioterapia sistemática es para algunos una cobertura, una prima a la ignorancia o a la indecisión representa también un sólido escudo, la mejor garantía de impunidad en el caso de que, no recuperándose el enfermo, la familia atacase al médico. porque hasta hace muy poco tiempo se ha querido hacer creer que no había más que una manera de cuidar: la que casi no reconocía más que los productos de síntesis de las grandes industrias, pero contra la cual, afortunadamente, se sublevaron con fuerza algunos profesionales."

"Se sabe que no es así, ni hoy ni ayer, porque al mismo tiempo se imponen ciertas evidencias. No todos los investigadores del mundo han sido uniformemente ofuscados por las únicas perspectivas de la quimioterapia. Muchos estiman con justicia que hay suficientes autores empeñados en seguir este camino como para permitirles seguir sus investigaciones relativas a los productos naturales. Por ello cada año nos aporta nuevas pruebas, cada vez más precisas, de la eficacia antiquísima admitida de las plantas y sus componentes."

Hasta aquí la cita de don Silvio. Ahora resulta interesante revisar el alto interés que muestra actualmente la ciencia empírica por la determinación de los compuestos activos de las plantas de la llamada medicina popular. En Chile la flora es muy rica e incluye 5.215 especies, y por encontrarse asilada de otras floras debido a la presencia del desierto de Atacama, la cordillera de los Andes y el océano Pacífico, un gran número de estas especies crece sólo en nuestro territorio. El alto interés por este campo no sólo ocurre en Chile, sino que las estructuras químicas descritas para las plantas superiores son cientos de miles, y a nivel mundial cada año se publican 1.500 nuevos compuestos de los cuales una gran cantidad presenta

actividad biológica.

Una segunda crítica que don Silvio formuló a la medicina institucional prevaeciente fue la atribución del origen de las enfermedades a una sola causa. Este reduccionismo me lleva a plantear la segunda de las consecuencias posibilitadas por su escritura en primera persona, en medio de una preocupación preponderante por los gérmenes y su exterminio, él planteó desde el principio una concepción de la salud integrada a los hábitos de vida, alimentación, vida síquica, ritmos fisiológico y sexual. En este aspecto don Silvio se adelanta con mucho a las nuevas tendencias medicas que enfatizan esta integración. Por ejemplo escribe:

"Hay que reconocer que se han escrito muchas fantasías sobre los regimenes. Hubo un tiempo en el que, de modo uniforme, se creyó sensato prescribir a los enfermos una alimentación compuesta de fideos hervidos y un asado cualquiera a la parrilla. Los resultados, como era de esperar, fueron desastrosos. En realidad, el regimen alimenticio de la mayoría debe ser sencillo. Bastara con adoptar una alimentación sana y biológica. "Hay enfermedades que no se tratan sino por la alimentación" decía Hipócrates. Todo individuo debería asegurarse él mismo su propia protección y la de su familia, comprando, incluso a un precio ligeramente superior al habitual de sus vegetales y sus frutas al pequeño campesino..."

Una tercera crítica a los científicos modernos resulta impensadamente de la utilización del lenguaje coloquial. Este lo libera por un lado de las limitaciones metodológicas del protocolo empírico y por otro lado integra explícitamente al discurso la expresión afectiva. Esta explicitación afectiva no es en absoluto indiferente en nuestros días, ni para el quehacer científico ni para la actividad terapéutica, cuando aún se acepta la objetividad de los fenómenos, interpretándolos como consecuencia de mecanismos subyacentes posibles de ser desentrañados. La concepción de la ciencia como construcción y la utilización de la primera persona en la escritura recuperan, en cambio, la unidad entre teoría y práctica perdida en la ilusión de la objetividad científica mecanicista.

Diría que don Silvio fue un romántico humanista, al esforzarse en entenderse a sí mismo podía entender y escuchar a sus pacientes como hombres íntegros, en vez de meros portadores de órganos con desperfectos. Sus actividades tuvieron siempre como centro el desarrollo humano tanto individual como social, así fue que creó el Club Deportivo Silvio Rozzi y organizó el coro de la iglesia de San Lázaro, en un barrio donde el alcoholismo era preponderante. Otro reflejo de su espíritu humanista lo constituye la pasión por el estudio e indagación de la naturaleza humana en sus diversas manifestaciones, lo que le permitía a su vez dar a entender sus ideas desde distintos prismas, nutriéndose de variadísimas referencias, las que junto a su vivaz imaginación amenizaban sus charlas y escritos. Por ejemplo, para ilustrar las virtudes vitalizantes del ajo, escribe:

"En Gascuña se bautiza a los niños frotándolos con un diente de ajo y echándole encima una gota de armagnac. Así bautizaron a Enrique IV; fiel a esta tradición, en las grandes circunstancias, no dejaba nunca de masticar un diente de ajo bañado con un trago de armagnac. Las grandes circunstancias para él, eran a menudo, las conquistas femeninas. Y como tuvo muchas, se comió una buena cantidad de dientes de ajo en su vida. Apeataba a ajo a cien leguas a la redonda, pero qué reputación tenía entre las mujeres, sus rivales palidecían de celos."

En fin, esta escritura en primera persona le permitió curar a muchas personas e imponerse a un medio hostil, que ahora como hemos visto ha cambiado y la ciencia médica institucional mira con interés a esta medicina naturista, que permanentemente tendrá el rango de reconocimiento que merece en nuestro país abandonando así su inmerecida marginalidad. ■